

# **Tensiones entre experiencia y discurso: lo imaginario y el deseo en la construcción de la realidad.**

Passerino, Leila M.

Cita:

Passerino, Leila M. (2011). *Tensiones entre experiencia y discurso: lo imaginario y el deseo en la construcción de la realidad. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/530>

## **TENSIONES ENTRE EXPERIENCIA Y DISCURSO: LO IMAGINARIO Y EL DESEO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD**

### **Leila M. Passerino**

Licenciatura en Comunicación Social – Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos.

Integrante del Proyecto de investigación “Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso” (PID N° 3132)

[leilapasse@hotmail.com](mailto:leilapasse@hotmail.com)

### **María Laura Schaufler**

Licenciatura en Comunicación Social – Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos.

Doctoranda en Comunicación Social –Universidad Nacional de Rosario- (Becaria CONICET)

Integrante del Proyecto de investigación “Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso” (PID N° 3132)

[mlaura31@gmail.com](mailto:mlaura31@gmail.com)

### **Resumen:**

A manera de ensayo, este trabajo se enmarca dentro de un proyecto de investigación en desarrollo: “Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso” (FCE-UNER), dirigido por Sergio Caletti, destinado a analizar el llamado “Conflicto del campo” desatado en 2008, recuperando las dimensiones de lo *discursivo*, lo imaginario y la subjetividad, desde el psicoanálisis (Lacan) y la dimensión de lo ideológico, desde el marxismo (Althusser).

Esta ponencia trazará un recorrido teórico en torno a autores de la llamada “Izquierda lacaniana” (Stavrakakis, Mouffe, entre otros) y la perspectiva del análisis del discurso de Pecheux y Sercovich, para abordar la tensión entre experiencia y discurso. La dimensión de lo imaginario y del deseo intenta aquí saldar el hiato existente entre ambos, aunque nunca lo logra acabadamente. Esta falta impide la sutura y, simultáneamente, da existencia a tal dimensión.

El deseo es siempre el deseo del Otro y está condicionado por su dependencia simbólica, es imposible de satisfacer: no tenemos una imagen del deseo del otro y esa falta es, precisamente, la causa de nuestro deseo. En la dimensión discursiva funcionan una serie de formaciones que intenta imaginar tal deseo (Pecheux, 1978), pretendiendo remitirnos en forma directa a lo real. Es así que la relación imaginaria puede ser entendida como una relación vivencial, experimentada. (Sercovich, 1977)

Intentaremos reflexionar entonces, acerca de los modos en que un sistema de significaciones discursivas producen una determinada realidad; entendiendo que en estos campos está en juego no sólo la coherencia simbólica y el cierre discursivo, sino también el deseo.

**Palabras clave:** discurso, imaginario, deseo, experiencia, realidad

## INTRODUCCIÓN

La presente ponencia intentará realizar un acercamiento teórico al pensamiento de la llamada Izquierda Lacaniana y al análisis del discurso con orientación marxista y psicoanalítica. Se trata, en resumidas cuentas, de indagar acerca de las tensiones entre experiencia y discurso, las incidencias de lo imaginario y el deseo en la construcción de realidades sociales.

Con este fin, intentaremos rastrear algunos conceptos como imaginario, deseo, experiencia, discurso, realidad en las mencionadas matrices teóricas. Al mismo tiempo, este propósito se ciñe en la necesidad de una reconstrucción teórica en el contexto de participación del Proyecto de Investigación: "Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso" (FCE-UNER), dirigido por Sergio Caletti, destinado a analizar el llamado "Conflicto del campo" desatado en 2008, recuperando las dimensiones de lo *discursivo*, lo imaginario y la subjetividad, desde el psicoanálisis (Lacan) y la dimensión de lo ideológico, desde el marxismo (Althusser).

La ponencia se estructura, en una primera instancia, en la referencia e impronta de la llamada izquierda lacaniana. Este bosquejo nos permite aproximarnos a algunos debates y recorridos en el campo de lo político, en relación a la configuración de identidades y procesos de subjetivación en contextos históricos y culturales particulares. Para ahondar en este aspecto trabajaremos la tensión real/realidad y haremos hincapié en la relación imaginario/deseo que intenta saldar el hiato entre experiencia y discurso, sin olvidar la dimensión de lo ideológico en la constitución de subjetividades.

## LA IZQUIERDA LACANIANA

Lo que algunos autores han denominado la *izquierda lacaniana* es una línea teórica que tiende a articular el análisis político crítico y la teoría lacaniana. Yannis Stavrakakis, en *La izquierda lacaniana* (2010) reflexiona acerca de los posibles influjos del psicoanálisis en la teoría política y delimita -en alguna medida- sus alcances, rastreando y discutiendo con algunos autores, como Slavoj Žižek, Alain Badiou, Chantal Mouffe, Ernesto Laclau; Cornelius Castoriadis, Judith Butler, asuntos comunes a esta perspectiva teórica. Sin embargo, como el mismo autor refiere, no se trata de categorizar y restringir *la izquierda lacaniana* a un dominio propio y cerrado, sino pensarlo "como un significante capaz de dirigir nuestra atención al surgimiento de un nítido campo de intervenciones políticas y teóricas que explora con seriedad la relevancia del pensamiento lacaniano para la crítica de los órdenes hegemónicos contemporáneos." (Stavrakakis, 2010: 20)

Diferentes aspectos de la extensa obra de Jaques Lacan se articulan con el análisis político crítico bajo distintas perspectivas teóricas. De este modo, es factible pensar en orientaciones variadas y modos de explorar la teoría lacaniana sin reducirla a una especie de unidad o esencia preexistente.

Este nuevo horizonte teórico-político enfatiza la *dimensión afectiva* al interior de los procesos sociales de identificación subjetiva. De este modo, el psicoanálisis brinda herramientas teóricas para “pensar los sujetos, su constitución, y sus formas de intervención, incorporando la dimensión afectiva (es decir, los deseos, las fantasías, las imágenes de sí mismo y el mundo) como un factor central” (Sosa, 2007:1). Se trata, así, de poner en cuestión el predominio de la racionalidad en la constitución de las subjetividades políticas. No decimos, sin embargo, que la instancia racional pueda ser excluida del accionar de los sujetos en los procesos políticos, pero el derrotero lacaniano nos habilita a reflexionar en torno a la dimensión afectiva como elemento nodal e inseparable al momento de reflexionar acerca de la constitución de identidades colectivas.

La dimensión afectiva puede pensarse a través del concepto de energía psíquica en Freud y el concepto de *goce (jouissance)* en Lacan. Lacan reformula los postulados freudianos mediante la incorporación de la *jouissance* como aquel goce incapaz de representación.

Para la *izquierda lacaniana*, entonces, el goce jugará un papel central en las formas de identificación política. En palabras de Chantal Mouffe “lo que permite la persistencia de las formas sociopolíticas de identificación es el hecho de que proporcionan al actor social una forma de *jouissance*” (Mouffe, 2009: 33). De este modo, tanto Mouffe como Stavrakakis, nos permiten comprender lo que está en juego en las identificaciones sociopolíticas, teniendo en cuenta no sólo el papel de lo simbólico sino también, y principalmente, el rol de la *jouissance*.

Además del concepto de goce, la teoría lacaniana nos provee una distinción crucial entre lo real y la realidad, como tensión entre la experiencia y el discurso.

## **LA TENSIÓN REAL / REALIDAD**

En este apartado reflexionaremos acerca del orden lacaniano de lo *Real* para revisar, por un lado, las diferencias con el concepto de realidad y, por otro, para comprender cómo esta tensión es parte del proceso de configuración identitaria.<sup>1</sup>

Lacan explica la constitución subjetiva como una estructura dinámica organizada en tres órdenes: lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico (RSI). Para graficar el funcionamiento de estos tres registros utiliza el *nudo borromeo*, como tres aros indisolublemente unidos.

Lo *Real*, refiere a aquello incapaz de simbolizarse, lo no simbolizable de la experiencia. En cambio, la realidad puede ser pensada a partir de las reglas prevalecientes de simbolización.

Somos incapaces de abarcar toda la experiencia (como Real) en el discurso. Esta imposibilidad inherente a todo intento de simbolización por captar o traducir la misma experiencia, lleva aparejado –entre otras cosas- un postulado epistemológico que echa por tierra la visión empirista de la correspondencia entre las palabras y las cosas: “aquí no se disputa el hecho de que el saber pueda ser

fiel a la realidad (...) se trata de una realidad ya producida mediante reglas científicas de la simbolización, un realidad ya teorizada. El saber puede ser fiel a la realidad de nuestra experiencia y aún así no captar –forcluir, reprimir, desmentir- lo real de la experiencia, lo que cae fuera de lo que esta realidad puede captar” (Stavrakakis, 2010: 25). De este modo nuestro análisis debe fundarse en el reconocimiento de este Real irrepresentable. En esta lógica, por tanto, la tensión inherente entre experiencia y discurso trata de incluir los límites que supone la construcción simbólica de la realidad, la precariedad que la define, parafraseando a Žižek, la tarea imposible de simbolizar lo real *incluyendo su fracaso necesario* (Žižek en Stavrakakis, 2010: 29).

Lo real, como advertimos en la descripción del nudo Borromeo, no puede sin embargo definirse sin tener en cuenta el registro simbólico y el registro imaginario. Como refiere Stavrakakis, “Lacan siempre describe lo real como lo que no puede captarse ni representarse empleando los medios simbólicos e imaginarios involucrados en la construcción de la realidad humana” (Stavrakakis, 2010: 45). En este contexto, la construcción de la realidad supone una estructuración de la subjetividad con adecuación al registro simbólico e imaginario. Esta brecha insalvable entre experiencia y discurso, entre real y realidad, estimula el deseo humano al promover la aspiración –destinada al fracaso- de arribar a lo Real. Así, “la realidad humana total no es más que un montaje de lo simbólico y lo imaginario (seminario del 16 de noviembre de 1966), una articulación de significantes investidos de coherencia y unidades imaginarias-fantasmáticas” (Stavrakakis, 2010: 62).

## **LA FALTA**

La *falta* tendrá un lugar central en la concepción lacaniana de sujeto. Esta falta crea las condiciones, parafraseando a Stavrakakis, para una entera “política” de identificación que se revela en dos dimensiones. Por un lado, el sujeto no puede dejar de compensar esa falta constitutiva en el nivel de la representación mediante continuos actos de identificación con objetos socialmente disponibles. Por otro, los actos de identificación no pueden producir una identidad plena que elimine la falta.

A partir del problema de la *juissance* y la falta, la llamada *izquierda lacaniana* intenta sentar sus bases al hallar elementos teóricos capaces de explicar los procesos de identificación política basados en cierta cristalización simbólica hegemónica, como también en la dimensión afectiva a partir de lo cual se puede pensar cierto afianzamiento o fijación identitaria.

## **LO IMAGINARIO Y EL DESEO**

Como mencionamos, el orden de lo Imaginario forma parte y a la vez se define en la estructura dinámica que explica la constitución subjetiva –en relación con el registro de lo Real y lo Simbólico. Podríamos decir que el orden de lo imaginario se instala como la escenificación que moldea la relación imaginaria de los sujetos

con el mundo. En este sentido “El orden de lo imaginario ofrece el suelo y el horizonte del sentido donde las representaciones establecerán articulaciones significantes eficaces y apuntarán a regular las relaciones sociales de fuerza.” (Proyecto PID N° 3132, FCE-UNER 2009: 5)

El orden imaginario se relaciona al deseo (y éste es siempre el deseo del Otro). Stavrakakis hace hincapié en la cara alienante del deseo como aquello que siempre traiciona las expectativas, en la medida que nunca obtenemos lo que se nos ha prometido o esperábamos del Otro.

El intento fallido por saldar el hiato entre experiencia y discurso motiva el deseo humano. En este sentido, como menciona Stavrakakis, “las fronteras de lo real y lo imaginario/simbólico se desplazan continuamente en la medida en que los seres humanos siguen de lleno su deseo de simbolizar el elusivo real” (Stavrakakis, 2010: 65).

A fin de comprender cómo se introduce la dimensión del deseo en la estructuración de la subjetividad es propio señalar la distinción que realiza Lacan entre necesidad, demanda y deseo.

La necesidad y su satisfacción son propias de toda creatura viviente. Sin embargo, dado que el orden simbólico, mediado por el lenguaje, atraviesa nuestras relaciones, esa relación directa entre la necesidad y satisfacción se pierde. Aquí podríamos decir, nace la demanda.<sup>2</sup> De aquí también, como refiere Stavrakakis, que el deseo, al estar simbólicamente mediado (y como dimensión inconmensurable con lo Real) presuponga una esencia alienante: el deseo siempre es el deseo del Otro y es imposible de satisfacer (aunque a su vez gracias a ello existe).

Lo imaginario forma parte de los procesos de subjetivación dado que sugiere una identificación imaginaria que le otorga al sujeto la posibilidad de reconocerse y autorreferirse como *yo*. Este proceso es iniciado, en el desarrollo de Lacan, a partir del llamado “estadio del espejo” (Lacan, 1966) que ocurre en los bebés entre los 6 y 18 meses de edad. En esta instancia se desarrollaría el *yo* como instancia psíquica al poder el sujeto reconocerse como totalidad. En la forma de una Gestalt, el sujeto es capaz de concebirse bajo una sensación imaginaria de completud. Así, se inicia un proceso de identificación, ante lo cual condensa la diversidad de imágenes del *yo* (con su otro, su semejante, su imagen en el espejo), lo que le permite una *unificación imaginaria*: “Es el lugar de una resistencia que consiste en creerse el *yo* fuente de su discurso. Como fuerza contrapuesta, ubica Lacan el eje de lo simbólico (...) Lo simbólico es el lugar de un tercero, de la legalidad y en tanto tal, el soporte que ‘define el mayor o menor grado de perfección, de completitud de aproximación a lo imaginario (...) el ideal del *Yo* dirige el juego de las relaciones de las que depende toda relación con el otro’ [Lacan, 1977: 214], y toda su eficacia de las relaciones imaginarias de construcción de la realidad” (Romé, 2009: 81).

De lo dicho, podemos pensar lo imaginario como aquella matriz significativa que configurará nuestras identificaciones en tanto registro organizador de nuestras

relaciones con el mundo, con los sujetos, y por ende, productor de las intervenciones políticas de los sujetos a partir de una tramitación singular del deseo y del goce (Caletti, 2009). El orden simbólico retiene, fija, supone ese acceso a la realidad bajo la frustración inherente de arribo a lo Real. Esta falta constitutiva, estimula el deseo de imaginarización y simbolización y así, intenta saldar el hiato –sin éxito- entre experiencia y discurso.

## **DISCURSO Y DESEO**

En la dimensión discursiva funcionan una serie de formaciones que intentan imaginar tal deseo, pretendiendo remitirnos (sin éxito) en forma directa a lo Real. Esta relación imaginaria puede ser entendida como una relación vivencial, experimentada.

Partiendo de la idea de que un sistema de significaciones discursivas tiende a producir una determinada realidad; los aportes del psicoanálisis nos permiten pensar que lo que aquí está en juego no es sólo la coherencia simbólica y el cierre discursivo, sino también el deseo.

En esta parte, para pensar lo discursivo en relación al deseo y lo imaginario, tomaremos dos autores que se valen de la teoría psicoanalítica para pensar la dimensión del discurso: Michel Pecheux (1978) y Armando Sercovich (1977).

## **DISCURSO E IDEOLOGÍA**

Nos ocuparemos en primera instancia de la teorización de Pecheux, quien en *Hacia el análisis automático del discurso* (1978) introduce la noción de formación discursiva para estudiar su funcionamiento constitutivamente contradictorio como proceso discursivo-ideológico que se desarrolla sobre la base lingüística.

Un discurso pertenece a un sistema de normas que no son ni simplemente individuales, ni globalmente universales, sino procedentes de la estructura de una ideología política y que corresponden a un cierto lugar en el interior de una formación social dada<sup>3</sup>. Todo discurso está, pues, situado en el interior de una relación de fuerzas.

Esta relación entre ideología y discurso entablada por Pecheux supone un “exterior específico” del proceso discursivo compuesto por lo *‘no dicho’*, lo implícito. Esto debe ser entendido en el sentido en el que, para Lacan, todo discurso es ocultación del inconsciente. Las formaciones discursivas se entraman, así, con las formaciones ideológicas y las del inconsciente. Sin embargo, debemos cuidarnos de no reducir lo discursivo a lo lingüístico o a lo ideológico<sup>4</sup>.

La dimensión discursiva es uno de los aspectos materiales de la materialidad ideológica. Son las formaciones ideológicas las que contienen, como uno de sus componentes, una o más formaciones discursivas interligadas que determinan lo que puede y debe ser dicho a partir de una posición dada en una coyuntura.

En la obra *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario* (1977) Sercovich, por su parte, define las estructuras ideológicas como complejos de formaciones significantes que presentan una materialidad específica y determinan, constituyendo la condición de su performación, las ‘representaciones’ de los sujetos.

Lo ideológico, desde esta perspectiva, no es simplemente un ‘sistema de representaciones’; más bien se trata de una instancia caracterizada por ocultar las condiciones de producción del discurso. El mecanismo ideológico tiende a la naturalización de lo histórico a través de una presunta transparencia semiótica que lleva el disfraz de ‘percepción directa de la realidad’.

Es así que las operaciones de corte ideológico, si bien son resultado incesante de luchas y equilibrios relativamente frágiles de poder, tienden a dirimirlos para aparecer como orden de las cosas, al borrar las huellas de su producción semiótica.

## **FORMACIONES DISCURSIVAS E IMAGINARIAS**

A la vez, todo proceso discursivo, afirma Pecheux, supone la existencia de formaciones imaginarias. Tales formaciones designan la imagen que nos hacemos de nuestro propio lugar y del lugar del otro.

Las formaciones imaginarias se relacionan a procesos discursivos anteriores (que surgen de otras condiciones de producción) que han dejado de funcionar, pero que han dado nacimiento a ‘tomas de posición’ implícitas que aseguran la posibilidad del proceso discursivo pretendido: “En oposición a la tesis ‘fenomenológica’ que plantearía la *aprehensión perceptiva* del referente, del otro y de sí mismo como *condición prediscursiva del discurso*, suponemos que la percepción está siempre penetrada de lo ‘ya oído’ y lo ‘ya dicho’, a través de los cuales se constituye la sustancia de las formaciones imaginarias enunciadas(...)” (Pecheux, 1978: 52)

En sintonía con Pecheux, Sercovich sostiene que lo imaginario discursivo y el efecto de *transparencia semiótica* no se explican en absoluto por una relación – adecuada o no- con respecto a *lo Real* sino por el hecho de derivar de determinados intereses sociales. De esto se sigue que dichos intereses se manifiestan en determinadas formas discursivas y se conectan con maneras específicas de concebir la ‘realidad’ y difundir dicha concepción.

Para Sercovich lo imaginario discursivo se registra en el lugar de la transparencia semiótica. Nosotros preferimos pensar esa operación que oculta las huellas de la producción semiótica como una característica propia de lo ideológico. La instancia de lo imaginario es entendida, desde nuestra perspectiva, como una dimensión estrechamente vinculada a lo “irreflexivo”, lo inconsciente, el deseo<sup>5</sup>, más ligada a la creatividad y los procesos instituyentes (en el sentido castoridiano).



Como vimos, en la teoría psicoanalítica, lo *imaginario* –como núcleo heterogéneo del campo psicológico- se comprende a partir de sus orígenes en el deseo. El deseo no deriva de la relación con un objeto real sino con el fantasma.

Los fantasmas, producciones del inconsciente como los sueños o los síntomas, son, entonces, signos del deseo. Éste, que se realiza en la reproducción alucinatoria de ciertas percepciones, convierte a las mismas en elementos semióticos que re-presentan, en ciertos casos, la satisfacción inicial del sujeto.

Mientras la fantasmática sumerge al sujeto en la ilusión de la ‘realidad’ vivenciada, el efecto ideológico de transparencia pretende referir en forma directa a la ‘realidad’.

En el plano de los procesos históricos concretos, las formaciones ideológicas e imaginarias, si bien es necesario distinguirlas analíticamente, forman un entramado, un suelo, que debemos tener en cuenta a la hora de pensar las significaciones discursivas.

## LA ILUSIÓN DEL SUJETO

Pecheux retoma la articulación conceptual de Althusser entre *ideología* e *inconsciente* como dos estructuras en las que el sujeto se constituye<sup>6</sup>. A la vez, todo sistema de significaciones discursivas determina en un sujeto un sistema de representaciones, conscientes o no. Sin embargo, este sujeto ilusiona con ser el productor autónomo y autodeterminado de su producción semiótica, la fuente de sentido, el autor de todo lo que enuncia, ignorando las relaciones de determinación inversas<sup>7</sup>.

Son los discursos institucionalizados los que influyen fuertemente en la conformación de la subjetividad a través de las representaciones aptas para la inserción del sujeto y la reproducción de las estructuras objetivas en una formación social. Los complejos discursivos en una formación social se metabolizan psíquicamente, produciendo los efectos necesarios para la inmersión del sujeto en la estructura de sus condiciones subjetivas de existencia.

Nos proponemos, entonces, pensar la naturaleza profunda que enlaza los discursos sociales con la constitución de las representaciones (cuidándonos de no caer en una visión correspondentista de las mismas) de un sujeto *situado* en un lugar determinado dentro de la estructura de una formación imaginaria e ideológica.

El psiquismo está poblado de signos que ocultan sus condiciones de producción, que derivan su eficacia de su capacidad para producir en el sujeto un estado de total inmersión en la ‘realidad’ que performan. Si todo signo determina fatalmente una reducción de las múltiples dimensiones de su objeto, si todo discurso engendra sus propios referentes intentando -y fracasando en el intento- metabolizar lo *real* en forma significativa, esto hace al aspecto o carácter que la

'realidad' asuma. Es dicha relación con la 'realidad' intermediada por las significaciones la que funda la constitución de la *subjetividad*.

## **LA PERFORMATIVIDAD**

Las representaciones en la teoría psicoanalítica se encuentran unidas a los afectos, están 'cargadas' de placer, displacer, angustia, odio, etc. Y estos afectos se desplazan de unas representaciones a otras en un movimiento permanente.

Toda fantasía se desarrolla dentro del marco de una escenografía socialmente condicionada y determinada por los procesos discursivos y los demás sistemas significantes: rituales, gestos, comportamientos constitutivos de prácticas específicas, etc. Los fantasmas tienen, así, valor ilocutorio. Los fantasmas, como un determinado nivel psíquico de codificación de 'representaciones', 'inscripciones' o 'huellas mnémicas', determinan las conductas subjetivas actuando en haces.

Como un determinado nivel de organización y estructuración de las representaciones, los fantasmas son simultáneamente acciones: la fantasmática global del sujeto funciona como una fuente de sus comportamientos. Así, lo imaginario psicoanalítico es abordable como un discurso ilocutorio constituido por elementos performativos que se originan en el deseo.

Las *fantasías* no reconocen fronteras tópicas. De esta manera, la relación del discurso con los afectos excede los límites tradicionales entre lo consciente y lo inconsciente.

El ámbito psíquico contiene pulsiones o cargas en todos los niveles y es inconcebible la no resonancia afectiva de un discurso. Así, los discursos, las representaciones (con sus componentes pulsionales) y la acción son elementos complementarios. Al mismo tiempo, dirá Sercovich, en la medida en que el inconsciente produce lo que representa, la codificación de las conductas se presenta como un efecto de aquella estructuración: "Así, la inserción comportamental del sujeto en los rituales de una práctica social, está precedida por toda una serie de mediaciones que van del discurso a la acción, dos formas de codificación semiótica que pueden ser de la misma naturaleza: la acción-efecto de un discurso es, en gran medida, otro discurso". (Sercovich, 1977: 73)

En particular, los procesos de identificación se encontrarían en la base de la adhesión del sujeto a los variados discursos que de esta forma lo capturan – preforman su ideal del yo- o, en otros términos, lo 'persuaden'.

## **CULTURA, POLÍTICA, SUBJETIVIDAD. UN ESTUDIO DE CASO**

La incipiente introducción presentada en torno a categorías tales como imaginario, deseo, discurso, subjetividad, ideología, pretendió constituirse en un primer acercamiento teórico en torno al Proyecto de Investigación mencionado.

Bajo la impronta de categorías provenientes del psicoanálisis lacaniano y del análisis del discurso con orientación marxista, el proyecto se dirige a buscar huellas de la dimensión fantasmática en los actores políticos. Se toma como referencia, el llamado “conflicto del campo” destado en 2008, con el fin de rastrear los relatos fantasmáticos que sostienen toda una serie de comportamientos políticos (la saga del inmigrante, sus valores y emblemas, anhelos, deseos, miedos, etc.).

Apuntando a reconstruir esta matriz cultural que cobró visibilidad en la escena política sostenemos que las subjetividades políticas provienen de un basamento cultural, entendiendo, como ya dijimos, a la subjetividad como dimensión y no como un corte discreto. Se trata así de un plano de elaboración de la vida social que puede reconvertirse en prácticas políticas.

En este sentido, recuperamos la obra de Mouffe, *En torno a lo político* (2009) acerca del papel de lo afectivo en las identificaciones políticas. Mouffe realiza un recorrido por comprender la naturaleza de las identidades colectivas y el rol de la política democrática a fin de pensar el orden hegemónico actual.

De estas reflexiones se desprende que todo orden es político y se asienta en alguna forma de exclusión. En este proceso, es factible concebir que las formas sociopolíticas de identificación se configuran no sólo sobre una base argumentativa racional, sino que persisten, se arraigan en las *fuerzas libidinales* (en términos freudianos) o en una forma de *jouissance* (bajo la conceptualización lacaniana) lo cual le permite al sujeto identificarse.

Bajo esta perspectiva, en función de la incorporación de los núcleos teóricos trabajados, tendremos en cuenta la dimensión discursiva, pero a la vez, las relaciones imaginarias, las vivencias, los dispositivos afectivos de identificación – evitando una visión esencialista de las emociones.

Se trata entonces de pensar las formaciones imaginarias, en su relación indisoluble con las formaciones ideológica y discursiva, propias de una subjetividad política denominada como “el campo” que cobró mayor relevancia en la escena política luego del conflicto de 2008 en torno a las retenciones a las exportaciones. Es así que este recorrido por las categorías del psicoanálisis y del análisis del discurso intenta sentar los puntos de partida para el posterior análisis a realizar durante el desarrollo del proyecto.

## BIBLIOGRAFÍA

Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

Caletti, S., Muñoz, C. (2009) *Cultura, política, subjetividad. Un estudio de caso*. Proyecto PID N° 3132. Universidad Nacional de Entre Ríos. Facultad de Ciencias de la Educación.

Caletti, Sergio. “*Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea*”. Documento de Trabajo. PI N° 3098, FCE, UNER, 2009.

Lacan, J. (1966) El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan. *Escritos I*. México: Siglo XXI Editores.

Mouffe, C. (2007) *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2009.

Pêcheux, M. (1994). “El mecanismo del reconocimiento ideológico”, en Žižek, S. (comp.). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.

Pêcheux, M. (1978) *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.

Romé, N. (2009) *Semiosis y subjetividad. Preguntas a Charles S. Peirce y Jaques Lacan desde las ciencias sociales*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Sercovich, A. (1977) *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario*. Buenos Aires: Nueva visión.

Sosa, M. (2007) *Sujeto y política: ¿La lógica del fantasma?* Ponencia presentada en las XI Jornadas Nacionales de Investigación en Comunicación. UNCUIYO. Mesa Dimensiones teóricas de la comunicación política I.

Stavrakakis, J. (2007) *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2010.

Voloshinov, V. (1929). *El Marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1992.

---

<sup>1</sup> Siguiendo a Mouffe, indagar la naturaleza de las identidades colectivas implica reconocer el rol central que ocupan en la política, en tanto construcciones que activan la confrontación democrática (Mouffe, 2009: 13).

<sup>2</sup> El niño, ante la percepción de que tiene existencia propia, diferente de la de su madre, manifestará sus necesidades en forma de demanda: “Se produce en esa escena un desacople entre la necesidad y la demanda –creada por la demanda a partir de su oferta-, el niño advierte que lo que su madre le ofrece no lo satisface: ‘no es eso’, y ese plus de necesidad que excede a la demanda, que no alcanza a nombrar, motoriza el deseo, ‘articulado pero no articulable’” (Romé, 2009: 78). He aquí entonces, en el desacople entre demanda y necesidad que se introduce la dimensión del deseo: “El deseo no es ni el apetito de la satisfacción (necesidad) ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción del primero a la segunda, el fenómeno mismo de su escisión (*Spaltung*)” (Lacan, 1977 en Stavrakakis, 2010: 67)

---

<sup>3</sup> Aquí no debemos olvidar que fue Voloshinov (1929) quien definió a la semiótica como una teoría de las ideologías.

<sup>4</sup> Pecheux retoma la conceptualización de Althusser (1970) respecto a la Ideología, marcando la distinción con las ideologías particulares. Mientras que estas ideologías tienen una historia propia porque tienen una existencia histórica concreta, la Ideología en general no tiene historia en la medida en que está dotada de una estructura y una operación que la convierten en una realidad ahistórica, es decir, una realidad omnihistórica, en el sentido de que esa estructura y esa operación son inmutables, están presentes en la misma forma a través de lo que podemos llamar historia.

<sup>5</sup> Ver Caletti; S, Muñoz, C. (2009) *Exploraciones. Discurso, política, subjetividad*.

<sup>6</sup> La tesis central de Althusser: “la ideología interpela a los individuos como sujetos” supone que no existe la práctica si no es por y en una ideología y no existe la Ideología si no es por el sujeto y para los sujetos. A través de la categoría de inconsciente, el psicoanálisis da cuenta de un desconocimiento constitutivo del propio sujeto. El hombre hace la historia bajo condiciones dadas, cabe decir que, sin embargo, no sabe lo que hace.

<sup>7</sup> No cabe pensar, entonces, al sujeto de manera puramente empírica, sino que se trata, más bien de una subjetividad social en la cual pueden cohabitar distintas tramas de sentido. El sujeto lo es en relación a una subjetividad social que necesariamente lo excede, y por su intermedio. Es legítimo concebir la construcción histórico-social de la subjetividad y, por lo mismo, la existencia de una *subjetividad social*, concibiendo en tanto que *sujeto* a los colectivos identitarios que intervienen como tales en los procesos históricos. (Caletti, 2009: 81)